

alma podrida con la ilusión de la vida eterna.” El énfasis, la ira involuntaria con la que Rulfo lee en voz alta este pasaje del cuento, es otro de sus milagros, aparte del milagro técnico y artístico que es oír esas palabras en boca del autor, que aquí no es autor, ni miente, o mejor dicho, que nos miente haciendo pasar por ficción algo que es la pura verdad, situada en *la zona más temblorosa de su pudor y respeto*. Rulfo lee aquí como quien recita una plegaria, diría Reyes, y el trozo está plagado de alusiones religiosas. Pero lo que más impresiona son las alusiones reales: el lío de linderos, la libertad del asesino, los nombres repartidos entre víctima y victimario: para este el apellido y para aquel el nombre.

No se trata de creer, literalmente, en las ilusorias indulgencias que ganaría uno, o los muertos, cuando evocamos en una oración, en un escrito, a los ya fallecidos que aún queremos. Pero en esa especie de plegaria laica que es la escritura, cuando evocamos a quienes ya no están, y los seguimos queriendo, se rescata algo de la vida, del aliento o de la voz del muerto. Hay en la palabra que nombra al ausente, siempre, una pequeña magia de resurrección. Puede haber en ella, además, una satisfacción vicaria, e incluso una venganza simbólica, un desagravio para quien sufrió el peor de los agravios. ¿Hay algo de esto en la prosa recatada de Rulfo? Me atrevo a creer que sí. Y me atrevo a afirmar que el tema obsesivo en Rulfo, tanto en *Pedro Páramo* como en algunos de los cuentos, el de la muerte violenta del padre, no es otra cosa que una repetida plegaria escrita, y por ende el *sufragio de las almas* que tan bien describió Alfonso Reyes.

Creo que quizá no era Rulfo tan entrambulicado, como decía Arreola. Lo entrambulicado era su vida. Y tal vez tampoco era tan mentiroso, Rulfo, sino que intentaba buscar la verdad a través de esa necesaria e inevitable transformación de los hechos que se come en la ficción. Esconder, o mejor, entrambulicar los hechos de donde parte la fantasía es una manera de proteger la mentira de la ficción (o su verdad más profunda), mediante el ocultamiento de la verdad de la realidad. En la respuesta a una pregunta de Joseph Sommers, Juan Rulfo explica, indirectamente, lo que ha querido descubrir, a través de la ficción, con su obra: “Hasta hoy no he encontrado el punto de apoyo que me muestre por qué en esta familia mía sucedieron en esa forma, y tan sistemáticamente, esa serie de asesinatos y de crueldades.” Cuando no hay un punto de apoyo en la realidad para explicar el horror de lo real, no queda otro camino que recostarse en “los hábitos de la imaginación”, es decir, en la fantasía, o en eso que solo los superficiales se atreven a llamar mentira. —

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE (Medellín, 1958) es escritor. Su libro más reciente es *La Oculca* (Alfaguara, 2015).



Rulfo fue uno de los cinco mejores narradores del siglo pasado



cuestionario a
ENRIQUE VILA-MATAS

En *Bartleby y compañía* (Anagrama, 2000; Seix Barral, 2015) Enrique Vila-Matas se refiere a Juan Rulfo como un escritor del No; un escritor que, como Rimbaud, abandonó la literatura. “Solo de la pulsión negativa, solo del laberinto del No puede surgir la escritura por venir”, dice en aquel libro.

Ha dicho que Rulfo es de los autores que lo paralizan. ¿De alguna manera es, como diría Blanchot, incomunicable?

Pedro Páramo, en concreto, me paraliza, quizá porque leerlo fue una experiencia literalmente *extraordinaria*, parecida a la que tenemos cuando un sueño es tan intenso —más intenso que la vida— que acaba convirtiéndonos en incomunicable para los demás. En mi opinión, cuando se da un caso así y uno ve que no va a poder transmitir nunca, con la misma intensidad, esa emoción y mensaje que contenía el sueño, lo más sensato es arrodillarse ante el famoso precepto: “De lo que no se puede hablar hay que callar.”

¿Leyó a Rulfo antes de sus primeros viajes a México, tan presentes en su obra? ¿Le interesa que Rulfo sea mexicano?

Sí, lo leí antes de mis viajes a México. Empecé con su cuento “Luvina”, que me impresionó mucho. En uno de mis primeros viajes a México, recuerdo que pasé el Día de los Muertos junto al lago de Pátzcuaro y creí que estaba metido dentro de *Pedro Páramo*, es decir, en una especie de paraíso en la tierra, convertido en un infierno.

¿Está de acuerdo con Borges cuando dice que *Pedro Páramo* es una de las “mejores novelas de las literaturas de lengua hispánica, y aun de la literatura”?

Es una novela perfecta, escrita por uno de los cinco mejores narradores del siglo pasado. Es tan perfecta que apenas se puede añadir algo más a esto, acaso tan solo añadir: sin comentarios. Y evocar aquí que, cuando la leí, sentí que me había quedado aún más solo de lo que sentía que estaba, aunque extrañamente en comunidad, quizás en la comunidad de lo indecible. —